

## CAPÍTULO XXIII

(1529—1531)

Razón que tuvieron los naturales para representar la expedición de Nuño con una víbora. — Sale Guzmán de México. — Su marcha hasta Tzintzuntzan. — Recibimiento de Nuño en esa ciudad — Exigencias de Guzmán con el rey de Michoacán. — Sale de Tzintzuntzan y llega hasta el río de la Purificación. — Se hace pregonar á son de trompetas como presidente de la Audiencia de Nueva España. — Fundación del pueblo de la Purificación. — Tormentos dados á Caltzontzín y sus amigos. — Muerte de Caltzontzín. — Disgusto en el ejército. — Marcha Nuño para el valle de Cuina. — Hace su entrada en Cuitzeo. — Crueldades de Nuño y desmanes de las tropas aliadas. — Llega el ejército á Tonalá. — Combates en las cercanías de Tonalá. — Expedición de Peralmíndez Chirino — Conquista de Zacatecas. — Expedición de Cristóbal de Oñate. — Reúnense todos en Etzatlán. — Incendio de todos los pueblos por donde pasaba la expedición.

Razón tenían los naturales de la tierra para representar la expedición de Nuño de Guzmán á la provincia que tuvo el nombre de la Nueva Galicia como una gran calamidad, simbolizándola con una víbora que cae sobre la tierra desprendiéndose de las nubes.

Aquella jornada, como la llamaron los contemporáneos, llevó á todos aquellos desgraciados pueblos la esclavitud, la muerte, el robo, el incendio y el exterminio. Las hordas de Atila, derramándose sobre las fértiles campiñas de Italia, no causaron tan grandes calamidades como el ejército español de Nuño de Guzmán y sus aliados, mexicanos, tlaxcaltecas y tarascos.

La ambición y la codicia más desenfrenadas, la más ruin envidia de las hazañas de Cortés y el terror de una conciencia manchada é inquieta, móviles fueron para empeñar á Nuño de Guzmán en aquella expedición, cuyas huellas quedaron señaladas con la sangre de millares de desgraciados, no muertos en el combate sino friamente asesinados, y con las humeantes ruinas de muchos pueblos.

La jornada de Nuño de Guzmán apenas puede decirse que tuviera el carácter de una conquista como las que hicieron Cortés y sus capitanes; rápidamente arrollando los obstáculos que se le presentaban; incendiando los pueblos que encontraba al paso, aprisionando y marcando con el hierro de la esclavitud á los indios que podía haber á las manos; sin respetar edad ni sexo; cuidándose poco de la pacificación de la tierra; olvidando el establecimiento del régimen colonial y de la propagación del cristianismo y buscando siempre más adelante pueblos ricos en oro, para saciar su ávida codicia, ó ciudades más importantes que México, para eclipsar con su conquista la fama de Hernán Cortés; así caminaba Nuño arrastrado por el torbellino de sus

malas pasiones, llevando en su seguimiento españoles á quienes por fuerza había arrancado de sus hogares ó indios á quienes el terror obligaba á seguirle.

Salió Nuño de Guzmán de México el mes de diciembre de 1529, tres días antes de la fiesta de Navidad <sup>1</sup>, y en la tercer jornada, que era en un pueblo de la encomienda de Roa, huyó la gente á la noticia de la aproximación de aquel hombre.

Guzmán, profundamente disgustado, envió contra los fugitivos á Peralmíndez Chirino y Juan de Burgos; pero no lograron alcanzar á ninguno, y Guzmán, no queriendo detenerse más ni partirse de allí tampoco sin saciar en alguien su encono, llevóse prisionero á un Roa, primo del encomendero, á quien culpó de haber aconsejado á la gente para que huyese.

Dos jornadas después llegó á Ixtlahuaca, que era encomienda de Juan de la Torre; cometieron allí muchos excesos los soldados, á pesar de las quejas del encomendero, y salido de allí Nuño, cargándose en su marcha hacia el pueblo de Jilotepec, entró en la provincia de Michoacán por Taximaroa con dirección á Tzintzuntzan, capital que había sido del reino de los tarascos.

Salieron á encontrar á Nuño de la ciudad de Tzintzuntzan, con muy lucido acompañamiento y músicas y danzas, el gobernador don Pedro Cuitanángari ó Gança, como le decían los españoles, yerno de Caltzontzín, y don Alonso Eguángari, uno de los señores más principales entre los tarascos y que fué después gobernador de la capital de Michoacán. Entró en Tzintzuntzan Guzmán con todo su ejército, haciendo muestras de

<sup>1</sup> Relación de García del Pilar (testigo presencial). — *Colección de documentos para la historia de México*, publicada por don Joaquín García Icazbalceta, tomo II, pág. 249. — Relación de la jornada de Nuño de Guzmán, hecha por Pedro de Carranza (testigo presencial) — *Documentos inéditos de Indias*, tomo XIV, pág. 347.

mucho agrado por aquel cariñoso recibimiento; pero después de presentarse comenzó á dar señales de lo que podían esperar de él aquellos desgraciados habitantes.

Inmediatamente que estuvo instalado mandó llamar á Caltzontzín y pidióle, con gran exigencia, diez mil hombres que sirvieran como *tamemes* en el ejército, víveres en gran abundancia y todo el oro que tuviera guardado y pudiera conseguir.

García del Pilar, intérprete, nahuatlato, como decían los mexicanos, ó lengua, como llamaban los españoles á los intérpretes, dice en una relación que Nuño de Guzmán mandó llamar á Caltzontzín en Tzintzuntzan y allí le aprehendió; lo mismo refiere un testigo presencial en la cuarta relación anónima de la jornada de Nuño de Guzmán <sup>1</sup>; pero el mismo García del Pilar en su declaración, 24 de enero de 1532 <sup>2</sup>, y Pedro de Carranza, en su relación de la jornada de Nuño de Guzmán, año de 1531, refieren que Nuño llevó preso desde México á Caltzontzín, á quien había mandado llamar anticipadamente, que en Ixtlahuaca le hizo poner grillos y que al llegar á Tzintzuntzan le encerró encadenado en un cuarto inmediato á la cámara en que él dormía <sup>3</sup>; y esta última versión es la más cierta, porque cuenta en su apoyo con las constancias del proceso de Nuño de Guzmán.

En estrechísimo aposento gemía engrillado el infeliz monarca, y todos los días, y aun varias veces en el día, García del Pilar y un criado de Nuño llamado Godoy llegaban á instarle para que con gran prontitud entregara el oro que se le exigía. Contestó Caltzontzín una de esas ocasiones que ya había mandado recoger el oro y que fuesen á desengañarse á su casa; fueron, en efecto, García del Pilar y Godoy y encontraron allí una gran cantidad de rodela y platos de oro y plata que fueron entregados á Nuño de Guzmán <sup>4</sup>; pero nada satisfacía la insaciable codicia de este hombre, y después de quince días de haber tenido preso á Caltzontzín, para más urgirle y sacarle mayor cantidad de oro, mandó á Godoy y á García del Pilar que le diesen tormento.

Godoy llevólo á otra casa y allí, atado ya delante del brasero en que debían quemársele los piés, llegaron dos frailes que, interviniendo, impidieron se llevase por entonces adelante aquella bárbara disposición, y Caltzontzín volvió á su cárcel en donde fué encerrado.

Pasaron así siete días, durante los cuales llegaron los indios que Nuño de Guzmán había pedido para *tamemes*; repartiéronse entre los españoles, pero temiendo que se fugasen, á la mayor parte de ellos se

les puso una cadena al cuello, como fieras, y así les cargaron con el fardaje del ejército.

Salió Nuño de Tzintzuntzan á principios del mes de febrero, llevando prisionero á Caltzontzín, y en jornadas cortas llegó á Puruándiro, que era encomienda de Juan Villaseñor y último pueblo de la provincia de Michoacán.

Cerca de tres leguas más adelante encontré el río en el pueblo de Conguripo, y por haber llegado allí en el mes de febrero, en que se celebraba por la Iglesia la fiesta de la Purificación de la Virgen, llamó Nuño de Guzmán de Nuestra Señora á aquel río, y puso por nombre al vado la Purificación <sup>1</sup>.

Pasado el río hizo Nuño de Guzmán con gran solemnidad publicar un pregón á son de trompetas, haciendo saber á todos que, como presidente de la Audiencia de Nueva España y gobernador de la provincia del Pánuco y Victoria Garayana, tomaba posesión de aquellas tierras de los teules y chichimecas; y como señal de posesión sacó la espada, dió cuchilladas á los árboles y mandó que se le diese testimonio de todo aquello por un escribano, é hizo alarde de sus tropas arengando á todos sus capitanes y soldados y paseando su bandera por todo el real <sup>2</sup>.

Inmediatamente se dijo una misa en el campo, y después en procesión y con gran solemnidad llevaron Nuño y sus capitanes en hombros tres grandes cruces, de las que plantaron una en el vado del río, otra en

<sup>1</sup> Mota Padilla, en su *Historia de la conquista de la Nueva Galicia*, dice que Nuño de Guzmán llegó á Conguripo el 8 de diciembre, y por ser día de la Purísima Concepción llamó al río de «Nuestra Señora.» (capítulo II, número 5); pero esto no es exacto: consta por las relaciones ya citadas y fuera de duda que hasta fines de diciembre no salió Guzmán de México y no podía haber llegado el día 7 á Puruándiro.

Mota Padilla, en toda la parte de su historia desde el principio hasta el punto en que encuentra los fragmentos de la *Historia de la Nueva Galicia*, escrita por fray Antonio Tello, contiene muchas inexactitudes, omite fechas importantísimas, equivoca las que llega á estampar y pretende suplir su falta de conocimientos y de estudio de esa época, en la que no pudo valerse de los trabajos de fray Antonio Tello, con exageradas descripciones, con novelescos y legendarios episodios y con pormenores y detalles fantásticos, inútiles y ridículos.

Comienza por llamar Don, á Nuño de Guzmán, sólo por seguir ciegamente á fray Antonio Tello, que da el tratamiento de Don á todos los capitanes españoles (capítulo II), cuando ese tratamiento jamás se lo concedió el rey, único modo que tenía para haberlo adquirido, y no se le aplicó ni aun en los tiempos de su grandeza, siendo presidente de la Audiencia, en la que sólo se le llamaba muy alto y magnánimo señor. Dice que salió Nuño de México (capítulo II) en noviembre de 1529, cuando salió á fines de diciembre. Dice, hablando de esta expedición, que pasó para Jalisco en febrero de 1531, que el padre fray Martín de Jesús desde Querétaro hasta Coinal «había penetrado hasta en los jacalitos más retirados,» y por ese tiempo aun no se efectuaba la conquista y pacificación de Querétaro, ni estaba fundada esa ciudad y dice: (capítulo VI) que Nuño de Guzmán «gastó más de veinte días en visitar sus pueblos que son: Tonalá, San Martín, (que después se fundó) Coyula, Zulatlán, Tlaquepaque, etc.»

<sup>2</sup> Las tropas que llevó Nuño de Guzmán eran, según dice Beaumont, (*Crónica de la provincia de los santos apóstoles San Pedro y San Pablo*), 1.ª parte, lib. 1, cap. XXI, 200 jinetes, 300 peones, 10,000 aliados y 6000 *tamemes*.—Según Mota Padilla, *Historia de la conquista de la Nueva Galicia*, 200 jinetes, 300 peones españoles, 8 tiros de artillería y 20,000 aliados; y Nuño de Guzmán, en su carta al rey, 8 de julio de 1530, *Documentos inéditos de Indias*, tomo XIII, pág. 356, dice que eran 150 jinetes, 150 peones españoles, 12 tiros de artillería y 8000 aliados.

<sup>1</sup> Colección de documentos de García Icazbalceta ya citada, tomo II, págs. 249 y 463.

<sup>2</sup> BEAUMONT. — *Crónica de la provincia de los santos apóstoles San Pedro y San Pablo*, 1.ª parte, libro 1.º, capítulo XXI. — Declaración de García del Pilar.

<sup>3</sup> *Documentos inéditos de Indias*, tomo XIV, pág. 347.

<sup>4</sup> Relación de la jornada de Nuño de Guzmán, por García del Pilar. — Colección de documentos de Icazbalceta, lugar citado.

el lugar en que se debía hacer una iglesia y otra en el camino que habían determinado llevar. Procedióse á la construcción de la iglesia, que fué verdaderamente una ermita, con un cementerio, cercado de un muro y en donde podían aposentarse quince ó veinte de á caballo.

Concluída esa iglesia díjose en ella una misa y un sermón y se leyeron unas ordenanzas de buen gobierno que acordó Nuño de Guzmán. Llamóse aquella iglesia Santa María de la Purificación.

En todo esto se habían pasado cerca de veinticinco días, que Nuño de Guzmán había empleado en obras dignas de su perversa índole y de su empeño por atesorar riquezas.

Al establecer el campamento mandó Nuño de Guzmán construir en un lugar apartado un cuarto que destinarse debía á las ejecuciones de justicia, que tenía ya el pensamiento de hacer; á ese lugar mandó llevar, en dos días distintos, á dos intérpretes de Caltzontzín, indios, uno á quien llamaban Ávalos y otro á quien decían Juárez. Cristóbal Sepúlveda, Cristóbal Romero y Antón Galeote, alguaciles, que habían fabricado la casa aislada fuera del circuito del campo, dieron tormento á aquellos desgraciados exigiéndoles que confesasen los cristianos que había matado Caltzontzín y en dónde tenía ocultos sus tesoros y sus mujeres; pero como nada confesaron con el tormento del potro ni con el del agua, aplicáronles el del fuego con tanto rigor, que les consumieron los piés hasta los tobillos sin haber conseguido que ninguno de ellos declarase algo de lo que se les preguntaba <sup>1</sup>.

Aplicósele al otro día tormento á don Alonso Eguángari, aunque sólo de potro y agua, y al siguiente al gobernador don Pedro Cuitanángari, en la misma forma que á don Alonso, sin que de ambos hubiera podido obtenerse tampoco confesión alguna.

No era Guzmán hombre de detenerse ante la inutilidad de todas aquellas horribles ejecuciones ni de tener compasión de los sufrimientos de aquellas víctimas, sobre todo de los intérpretes, que habían quedado tan maltratados del tormento que era preciso llevarlos siempre en camillas.

Resuelto como estaba á obtener de Caltzontzín hasta el último grano de oro que pudiera encontrar en Michoacán y además todas las mujeres de su familia, quiso tentar el último extremo.

El rey de Michoacán, poco tiempo después de su visita al conquistador de México, había abrazado el cristianismo haciéndose bautizar por los religiosos franciscanos, tomando el nombre de Francisco y llevando á Michoacán dos frailes que predicasen allí el Evangelio á los tarascos; por eso entre las calumnias que Nuño de Guzmán inventó contra Caltzontzín, buscando pretexto para atormentarle, fué una que siendo bautizado había

<sup>1</sup> Relación de García del Pilar. — *Colección de documentos de Icazbalceta*, lugar citado.

tornado á la idolatría volviendo á la adoración de los ídolos y sacrificándoles víctimas humanas, entre ellas varios españoles.

Exigíale, según decía públicamente, que entregase las pieles de esos españoles que había mandado adobar, para colocarlas como ofrendas en los adoratorios.

Un día, después de haber atormentado á los amigos y á los intérpretes del rey de Michoacán, fué llevado éste á la casa que estaba fuera del campo, y allí, con asistencia de Juan de Burgos, alguacil mayor; Cristóbal Sepúlveda, Cristóbal Romero y Juan Fernández, alguaciles; García del Pilar, intérprete náhuatl; Juan Pascual, intérprete tarasco; Hernando Sarmiento, escribano, y Godoy, criado de Nuño de Guzmán, dióse tormento al monarca.

Cada vez que en fuerza de los dolores se sentía Caltzontzín desfallecer, pedía hablar con Nuño de Guzmán; apartábanse todos los demás, servía de intérprete Juan Pascual, y después de un breve coloquio continuábase la ejecución <sup>1</sup>.

Por fin, la víctima fué retirada del tormento, indudablemente por haber prometido más oro á Nuño de Guzmán, porque al siguiente día salieron del campamento Pedro de Guzmán, un Rivera, un criado de Nuño y cuatro más de á caballo con pretexto de ir por las pieles de los cristianos que habían sido sacrificados en Michoacán.

Las mujeres de la casa de Caltzontzín fueron traídas en seguida al campo, y la suerte que corrieron se comprende con lo que dice el autor de la cuarta relación anónima de la jornada de Nuño de Guzmán <sup>2</sup>: «Esto yo lo ví, porque como á rio vuelto yo hube dos Señoras, la una muy principal, pariente de Calzoncí, que me dió Juan Pascual, lengua, á excuso de Nuño de Guzman, de lástima por no la ver andar maltratada, la cual envié en una hamaca luego á su tierra con sus criadas y ciertos indios sus vasallos....»

Luego que regresaron los que habían ido á Michoacán trayendo oro y plata, según advirtieron los españoles del campamento, porque todo eso lo hacía Nuño de Guzmán con la mayor reserva, al día siguiente mandó envolver á Caltzontzín en un *petate*, estera de los indios, y así envuelto, hizole atar por los piés á la cola de un caballo, que le arrastró por todo el real <sup>3</sup>; después, aunque muy maltratado, le sujetaron á un madero, y rodeado de leña se le puso fuego hasta que se convirtió en cenizas, que fueron arrojadas al río <sup>4</sup>.

Declaración de García del Pilar. — Beaumont, lugar citado.

*Colección de documentos para la historia de México*, publicada por Icazbalceta, tomo II, pág. 464.

<sup>2</sup> Relación hecha por Pedro Carranza sobre la jornada de Nuño de Guzmán. — *Documentos inéditos de Indias*, tomo XIV, pág. 350.

<sup>3</sup> «... y lo plantaron á un palo, y que allí, estando atado y cercado de la leña, el dicho Caltzontzín decía muchas palabras, diciendo que no era en cargo de nada de lo que decían, y que lo mataban sin causa. Y que estando como dicho tiene, atado, con lágrimas llamaba á Dios y á Santa María; y que llamó á un indio (Don Alonso) y le habló un poco; y que este testigo preguntó á la

Así terminó su vida el último de los reyes de Michoacán; la insaciable sed de oro sugirió á Nuño de Guzmán el horrible tratamiento que dió al infeliz monarca hasta arrancarle los últimos restos de su fortuna y el secreto del lugar en que tenía ocultas á sus mujeres; después, temeroso de que Caltzontzín se quejase al rey de España, se creyó en la necesidad de darle la muerte, y como si todavía las cenizas de aquel mártir pudiesen levantar contra él una voz acusadora, las hizo arrojar en las ondas del río, soñando sin duda que las aguas llevarían muy lejos también sus remordimientos, apartando de él el severo é implacable juicio de la posteridad. En vano el verdugo quiso disculpar su crimen amontonando sobre la cabeza del infeliz monarca de Michoacán todas esas acusaciones que en el siglo xvi bastaban para llevar un hombre á la hoguera; en vano escritores sin conciencia como Mota Padilla, Salazar y otros han pretendido disculpar el crimen y convertir á ese hombre odioso, como le llama García Icazbalceta, en un héroe. Los españoles que le acompañaban en la expedición estuvieron á punto de sublevarse indignados por el suplicio de Caltzontzín; el emperador y la reina pidieron repetidas veces y con gran energía el proceso que se había hecho para condenar á muerte á aquel monarca, y la historia ha lanzado su anatema sobre la memoria del asesino.

Sin embargo, entre Cuauhtemoc y Caltzontzín hay tanta diferencia por la grandeza de ánimo, como entre Cortés y Nuño de Guzmán. Caltzontzín se somete á los españoles y entrega su reino sin haber intentado siquiera la resistencia; Cuauhtemoc sucumbe después de sostener en México un sitio tan sangriento como glorioso, y no se entrega, cae prisionero de guerra de los españoles sin pedir gracia ni cuartel; el rey de Michoacán es una víctima que gime, implora y hace confesiones; el emperador de México es el héroe imperturbable que sufre el martirio sin que una queja brote de sus labios ni uno de los rasgos de su fisonomía traduzca el dolor.

lengua, que estaba junto á él, que era Juan Pascual, y le dijo que qué había dicho. Y que le dijo: «Sabed que dice que vea el galardón que le dan los cristianos y Nuño de Guzmán en pago de los servicios que le hizo y del oro y plata que le había dado, y habiendo dado la tierra en paz y sin guerra; que le mandaba que despues de quemado, cogiese los polvos y ceniza de lo que quedase y lo llevase á Michoacan, y que alla hiciese juntar á todos los señores de la dicha provincia, y que les contase lo que había pasado, y que lo contase todo para que viesen el galardón que les daban los cristianos, y que les mostrase sus cenizas, y que las guardasen y tuviesen en memoria.» Y que esto lo dijo el dicho Juan Pascual nagualato; y que luego pusieron fuego á la leña y comenzó á arder, y así quemó al dicho Caltzontzín hasta que naturalmente perdió la vida.—Declaración de García del Pilar.»

Esta fué la última declaración de García del Pilar, que no se continuó porque se quejó de estar enfermo, prometiendo referir muchas cosas; pero á pocos días murió sin poderlas referir.

Fué este García del Pilar intérprete, hombre malo; robó mucho á los indios y fué cómplice en muchas maldades de los oidores de la primera Audiencia y preciábase de ser enemigo de Cortés.

Sin embargo, en la relación que hace de la jornada de Nuño de Guzmán á Nueva Galicia, refiere que muchas veces se apartó del lugar en que estaban dando tormento á los intérpretes de Caltzontzín porque no podía soportar las quejas y el llanto de aquellos desgraciados.

Caltzontzín llora diciendo: «que no había hecho mal á ningún cristiano, que por qué lo trataban mal<sup>1</sup>;» Cuauhtemoc al gemido del señor de Tacuba contesta con la mayor altivez que hombre alguno ha mostrado sobre el tormento: «¿estoy acaso en algún baño ó deleite?»

Cortés arroja todo el peso del crimen en el martirio de Cuauhtemoc, sobre la frente del codicioso Julián de Alderete, y ni va á presenciar la ejecución ni busca disculpas calumniando á la víctima. Nuño de Guzmán asume toda la responsabilidad; él dispone y prepara todas las peripecias de aquel drama; acecha la víctima; se goza en presenciar el tormento y recibir las declaraciones que el dolor arranca al rey de Michoacán; y por último, para cubrir el delito, recurre á la mentira más vil y á la calumnia más grosera.

Cuauhtemoc muere á manos de Cortés en la expedición de las Hibueras, porque el temor de una sublevación ofusca el ánimo del conquistador de México y le aconseja dar un paso que mancha los timbres de sus conquistas. Caltzontzín sucumbe bajo la tiranía de Nuño de Guzmán, porque el miedo de una acusación presenta al presidente de la Audiencia la idea de aquel suplicio como el único medio de obtener el silencio de la víctima. Ni á uno ni á otro les ha perdonado su crimen la posteridad, pero ha sabido colocarlos en distinta altura.

Calmó Nuño de Guzmán no sin trabajo los ánimos de los españoles, que á la indignación que les causara el suplicio de Caltzontzín, unían el disgusto de emprender aquella expedición sin rumbo cierto, pues aunque su jefe les hablaba de una tierra de amazonas, de que tenía muy buenas noticias y en donde se encontraban en abundancia los metales preciosos, tal relación, que por extraordinaria debía ser más fácilmente creída, no tenía gran eco entre aquellos hombres.

Salió Nuño de Guzmán de la Purificación dejando allí á un español de los que vivían en Michoacán con algunos aliados de los tarascos, como guarda del puesto, al que llamó fortaleza, porque, según él, lo era relativamente á las armas de los naturales del país.

Con el ejército de Nuño iban multitud de indios tarascos, todos encadenados, y se llevaban en hamacas á don Pedro Cuitanángari, á don Alonso Eguángari y á los dos intérpretes Ávalos y Juárez, porque de resultas del tormento ninguno de ellos podía andar.

Llevaba la vanguardia en esa marcha Antonio de Villarroel, que era el maestro de campo en aquella expedición<sup>2</sup>.

Tomó Nuño de Guzmán por la orilla del río, pasando por donde hoy están las poblaciones de Numarán, La Piedad, Pénjamo, Ayo el Grande y el

<sup>1</sup> BEAUMONT—*Crónica de la provincia de Michoacán*. Primera parte, libro I, capítulo XXI. Declaración de García del Pilar.

<sup>2</sup> Este Antonio de Villarroel, marido que fué de Isabel de Ojeda, según dice Bernal Díaz, mudóse después el nombre, llamándose Antonio Serrano de Cardona.

Chico y Huasca; en muchos de los pueblos que atravesaba Juan de Villaseñor, encomendero de Puruándiro, le hizo presente que le recibían de paz por ser ya pueblos sometidos y de su encomienda, pero Nuño insistió en comprenderlos en su conquista. En el camino no faltaron ligeras escaramuzas hasta llegar á una población importante, que era como la cabecera del valle de Cuina <sup>1</sup> ó Cuinao, que los mexicanos llaman Tototlán. Este valle es el que se comprende entre Jacona y Zamora, La Barca, Atotonilco y Cuitzeo <sup>2</sup>.

El cacique de Cuina recibiólos de paz y les proporcionó los víveres necesarios, y después de permanecer allí dos días tomaron el camino para otro pueblo distante tres ó cuatro días, llamado Cuinácaro. Ya los naturales de aquel país se presentaban constantemente de guerra, y aunque los combates no eran muy reñidos, había siempre algunos españoles y algunos caballos heridos, y generalmente algunos muertos de los indios auxiliares del ejército español <sup>3</sup>.

Envió Nuño á Cuitzeo emisarios á decir al cacique de la tierra que iba de paz, que le trataría bien á él y á todos sus vasallos y que le esperase y le tuviese preparados víveres y tamemes. Contestóle el cacique que tendría mucho gusto en recibirle de paz y que procurase llegar al pueblo, pero que le advertía que sus vasallos estaban dispuestos á resistir y que él no podía oponerse á esa determinación.

Comprendió Nuño lo que aquella respuesta quería decir, y suponiendo ya inevitable un combate, dispuso sus tropas para tal evento y comenzó á caminar con grandes precauciones.

Llegó así la expedición hasta la orilla del río de Cuitzeo, en donde los indios parecían dispuestos á defender el paso á toda costa; pero los españoles lograron encontrar el vado y penetraron casi sin resistencia en el pueblo de Cuitzeo. Antes de pasar el río por el vado, el maestro de campo Villarroel dispuso hacer unas balsas y encargó de la obra á los aliados mexicanos, y como el cacique de éstos llamado Tapia disgustase á Villarroel por falta de actividad, golpeóle éste con tanto furor que le dejó baldado para todo el resto de su vida.

<sup>1</sup> Acerca de este nombre no están conformes los autores de relación ó escritos sobre la conquista de la Nueva Galicia.

García del Pilar, Gonzalo López, Nuño de Guzmán y el autor de la cuarta relación anónima (todos ya citados) le llaman *Cuinao*; Juan de Sámano le llama *Cuina*, el autor de la tercera relación anónima *Cuiná*; Pedro de Carranza *Cuinan*; Mota Padilla *Coinan* y Beaumont llama al valle *Cuina*, y al pueblo, *Cuinao* y *Tototlán*.

<sup>2</sup> Es muy difícil fijar el itinerario de Nuño de Guzmán por la gran diferencia que hay en todas las relaciones y porque generalmente en las escritas por los contemporáneos del suceso los nombres de las poblaciones están muy estropeados.

<sup>3</sup> De la relación de García del Pilar se infiere que hasta este lugar llegaron presos y transportados en hamacas don Pedro Cuitanángari y don Alonso Eguángari y que allí obtuvieron su libertad en cambio de una cantidad de oro que sus parientes ó amigos llevaron desde Michoacán y entregaron á Nuño de Guzmán. — *Colección de documentos para la historia de México*, de García Icazbalceta, tomo II, pág. 251.

Encontraron los españoles abandonado el pueblo de Cuitzeo y á la mayor parte de los habitantes refugiados en una isleta que atacaron el veedor Peralmíndez con algunos de á caballo y el capitán Vázquez con unos ballesteros; resistiéronse bizarramente los de la isla por más de dos horas, hiriendo al capitán Vázquez con tres flechazos, y á Diego Núñez, que era el médico y cirujano de la expedición; pero los asaltantes tomaron la isla matando á los más de los defensores y el resto se echó á nado al río sin dejar de flechar á sus enemigos.

Entre los prisioneros que allí se hicieron fué un hombre con traje de mujer «que peleó tan bien y tan animosamente, dice Nuño de Guzmán en su relación al rey, <sup>1</sup> que fué el postrero que se tomó; de que todos estaban admirados de ver tanto corazon y esfuerzo en una muger, porque pensaban que así lo era por el ábito que traía, y después de tomado, vióse ser hombre, y queriendo saber la causa por que traía ábito de muger, confesó que desde chequito lo habia acostumbrado y ganava su vida con los hombres al oficio, por donde mandé que fuese quemado y así lo fué.»

Hiciéronse además muchos prisioneros en los alrededores, principalmente de mujeres y niños, repartiéndose como esclavos y herrándose la mayor parte de ellos que se creyeron útiles.

Hizo alto en Cuitzeo el ejército cuatro ó cinco días, y llegó á presentarse de paz con Nuño de Guzmán el cacique, hombre muy gordo y al parecer inútil para la campaña.

Exigióle Nuño oro y tamemes, y como no consiguió lo que esperaba, hizo traer un perro feroz que llevaban los españoles y al que llamaban *el amigo*, el que, azuzado contra el cacique, le mordió hasta dejarle moribundo. Fué esto en los momentos de salir la expedición de Cuitzeo, y abandonando á aquel hombre exánime en su casa, pusieron fuego al pueblo los indios auxiliares.

Desde Cuitzeo envió Nuño de Guzmán á Peralmíndez Chirino á recorrer la tierra extendiendo sus conquistas, y él tomó con el resto del ejército el rumbo de Tonalá, pasando por Poncitlán, cuyo cacique se dió de paz, y cediendo á las exhortaciones de fray Juan de Padilla y de fray Juan de Vadía se bautizó tomando el nombre de don Pedro de Ponce. De aquí dijeron algunos que vino el llamarse el pueblo Poncitlán por el nombre de Ponce, que tomó el cacique; pero otros, como Beaumont, dicen que el nombre del pueblo venía desde tiempo inmemorial tomado del nombre de una fruta de aquellos lugares que llamaban los indios *ponatcill*. Ambas opiniones no tienen por fundamento más que el juicio de los que las emiten; á pesar de lo que dice Beaumont, es más fácil que el nombre viniera de Ponce

<sup>1</sup> Fecha en Omitlán á 8 de julio de 1530. — *Documentos inéditos de Indias*, tomo XIII, pág. 367.

Y se llamara en el principio Poncetlán y no de Ponatciltl, porque en ese caso le hubieran llamado Ponatciltlán.

Llegó Nuño de Guzmán á Tonalá, en donde, á la sazón, según todas las relaciones, gobernaba una mujer ó cacica, la cual ofreció amistad y sujeción á Nuño, pero advirtiéndole que sus vasallos y una hija que tenía estaban empeñados en resistirse. En efecto, recibieron los españoles víveres de aquella señora en señal de paz; pero en un cerro inmediato á la población estaban reunidos en son de guerra gran número de hombres que, según dice el mismo Nuño, eran de las tres provincias de Cuyula, Coyutla y Cuinaca. Dividió Nuño en tres columnas su fuerza, señaló á una por capitán á Cristóbal de Oñate para atacar el cerro por un flanco; la otra la confió al capitán Verdugo, y él tomó el centro, dejando sus reservas y bagajes á las órdenes del capitán Barrios.

Emprendióse el asalto del cerro y los indios se resistieron con tanto valor y osadía que se arrojaban sobre los de á caballo y luchaban con ellos á brazo partido para arrancarles las lanzas. El mismo Nuño de Guzmán estuvo en peligro de perder la vida, pues le llegaron á quitar la lanza y mal lo hubiera pasado si no le socorren tan á tiempo algunos de sus oficiales.

Refiere Nuño que era tanto el arrojamiento de aquellos combatientes que un indio atravesado por una lanza sacó el arma de la herida y con ella hirió todavía tres caballos.

Vencieron por fin los españoles, retiráronse aquellos indios, no tan de paz que no amenazaran á la cacica de Tonalá con sacrificarla por haber recibido á los españoles; pero Nuño tomó posesión de la provincia y en el cerro en que se había dado el combate hizo fabricar una iglesia, que llamó la Victoria de la Cruz, y en el punto más elevado del cerro se colocó una cruz de sesenta piés de altura y sobre una gradería, de modo que á cuatro leguas de distancia se distinguía, según dice el mismo Nuño de Guzmán en su relación. Tomóse posesión de aquella provincia el 25 de marzo de 1530 <sup>1</sup>.

Veinte días poco más estuvo Guzmán en Tonalá; de allí hizo un viaje hasta Tequila, incendiando todas las poblaciones que encontró, y volviendo á pasar por Tonalá dirigióse á Nochistlán y después á Jalpa, en donde hizo ejecutar á algunos indios de Toluca de los aliados, por informes que tuvo de que habían hecho sacrificios humanos.

Entre tanto Peralmíndez Chirino, que había salido de Cuitzeo, tomó por Zapotlán, Zapotlanejo, bajó por Acatic y Tepatitlán hasta Cerro Gordo, de ahí por Comanja, á lo que se llamaban las Chichimequillas,

donde se fundó después Lagos, entrando en los pueblos de los zacatecas y los huamares atravesó por la provincia de Zacatecas, que era tan pobre y poblada de indios tan poco civilizados, que, según dice fray Antonio Tello: «aunque tomó posesion por el Rey y don Nuño de Guzman, pero fué haciendo burla y riéndose de la gran conquista de su general, como no sabia que en aquel lugar se encontraba tan gran tesoro, que al siglo de su descubrimiento llevaba dados al Rey de solo sus quintos veintinueve millones.»

Tomó con intención de ir á Tepic el capitán Chirino, algunos indios zacatecas que se le ofrecieron por guías; fuese por el valle donde se fundó después la villa de Jerez, encontrándose con las ruinas de la gran ciudad, que se conocieron por de la Quemada. Por el valle de Huejúcar y Colotlán, en donde tuvo noticia de que el capitán Oñate había pasado por Tlaltenango, atravesó aquellas tierras pasando por Jora y Huainamota hasta llegar á Tepic.

Esa travesía, que aun seguirla sobre una carta geográfica sería difícil, presentó para su ejecución dificultades que quizá hoy mismo parecerían insuperables; los accidentes del terreno y la resistencia de las tribus belicosas que se abrigaban en aquellas montañas presentaron obstáculos que indudablemente se necesitó todo el valor, la energía y la constancia de aquellos hombres para haberlos llegado á superar.

El que haya conocido aquel terreno, el que haya recorrido siquiera una parte del derrotero que llevó Chirino, es el único que puede formarse idea exacta de lo terrible y atrevido de esa larga expedición, cuyos pormenores y detalles es sensible que no puedan encontrarse en la historia.

Menor distancia y menores dificultades tuvo que vencer el capitán Cristóbal de Oñate, á quien Chirino envió á conquistar la tierra desde Tonalá, porque comenzó su derrotero por Huentitlán, en donde tuvo que combatir porque los naturales de la tierra no quisieron darse de paz. Rindiéronse los de Copala, donde pudo dar descanso á sus tropas, pero en Ixcatlán presentaronle combate los indios para impedirle el paso del río. Siguió de allí para Tlacotlán y Contla y continuando su camino con ligeras escaramuzas, llegó á Teocaltiche en donde fué bien recibido, y luego á Nochistlán, pueblo de más de seis mil habitantes, que hicieron resistencia, y en donde Cristóbal de Oñate dejó á su hermano para fundar la villa del Espíritu Santo de Guadalajara, según instrucciones que para ello tenía.

Sin detenerse mucho tiempo emprendió su viaje para Juchipila, que se dió por encomienda á un soldado italiano, llamado Lipar, por haber sido el primero que rompió una albarrada que había colocado el enemigo allí para defenderse.

Convocó en Juchipila Oñate á los caciques y señores de las cercanías, y después de tomarles jura-

<sup>1</sup> Carta de Nuño de Guzmán al rey fechada en Omitlán á 8 de julio de 1530.— *Documentos inéditos de Indias*, tomo XIII, pág. 375.

mento de fidelidad al rey de España, encaminóse para Tlaltenango y luego al Téul, poblaciones importantes que procuró pacificar.

Tenía Oñate orden para reunirse con Guzmán en Etzatlán, y tan grandes eran las dificultades que presentaba el camino y tanta la actividad y energía conque entre los bosques y peñascos se abrieron una senda los españoles, que los habitantes de Tequila, asombrados de aquel esfuerzo, no se atrevieron á hacer resistencia. Desde allí las jornadas de Oñate por Tuzacatlán, Ostotipác é Ixtlán, no fueron difíciles, porque todas aquellas tierras habían sido ya conquistadas por don Francisco Cortés, primo del Conquistador, unas, y otras por don Alonso de Ávalos, que había dado su nombre á muchas de ellas.

Fué, sin embargo, Oñate hasta Jocotlán, sabedor de que allí no había alcanzado ninguna conquista, y tomando posesión de aquella provincia, volvió después en busca de Etzatlán, donde se incorporó al fin con Nuño de Guzmán en los últimos días del año de 1530 <sup>1</sup>.

Como en estas expediciones no llevaban los jefes rumbo cierto y determinado, tan pronto avanzaban como retrocedían, abandonando el camino más practicable por otro que tenían por más cercano, y aconteció muchas veces pasar Oñate por donde había atravesado Chirino,

<sup>1</sup> Dice el padre fray Antonio Tello que en esta entrada de Cristóbal de Oñate, al llegar á Nochistlán y antes de pasar á Juchipila dejó allí «á su hermano don Juan con otros españoles para que conservaran lo conquistado como para presidio de la villa del Espíritu Santo de Guadalajara que intentaba fundar.» *Historia de la Nueva Galicia*, escrita en 1650 por fray Antonio Tello. Fragmentos publicados en la *Colección de documentos para la Historia de México*, por García Icazbalceta, tomo II, pág. 345.

Este fué el primer asiento de la ciudad de Guadalajara.

ó Nuño de Guzmán por donde había cruzado Oñate, y como todos, en lo general, iban quemando y arrasando los pueblos y las rancherías y sembrando el terror entre los habitantes, esto aumentaba las dificultades para la adquisición de víveres, de forrajes y de *tamemes*.

No eran ciertamente los españoles los que incendiaban esos pueblos; los indios aliados de México, de Tlaxcala, de Huejotzingo, de Michoacán y de algunos otros pueblos del tránsito que se habían agregado, cometían todos esos actos de barbarie sin que Nuño de Guzmán tuviera la voluntad ó la energía suficientes para reducir al orden á esas turbas, y aunque muchas veces, según refieren él y los escritores contemporáneos, se previno á los aliados que no incendiasen ni robasen los pueblos y aun se llegó á ahorcar algunos por su desobediencia, nunca pudo conseguirse que abandonaran la bárbara costumbre de incendiar los pueblos por donde pasaban.

Asombraría, si pudiera formarse un cuadro exacto, el número de pueblos y de casas que fueron consumidos por el fuego en el paso de la expedición de aquellos que se llamaban conquistadores, y que, según dijo fray Francisco de Soto en una declaración: «más son tiranos que conquistadores, quitando á Dios las ánimas, e al Emperador nuestro señor sus vasallos e á la iglesia militante sus hijos e á las criaturas la gloria e condenando sus propias ánimas por tan abominable delito <sup>1</sup>.»

<sup>1</sup> Información sobre los acaecimientos de la guerra que hace el gobernador Nuño de Guzmán á los indios, para con los pareceres de las personas examinadas tomar resolución, año de 1531. — *Documentos inéditos de Indias*, tomo XVI, página 363.